

plantados á grande costa no tienen mas que hojas oscuras y poco numerosas. Parece que aguardan con impaciencia á que se les vuelva á sus bosques, donde vegetarán tal vez en paz hasta que una nueva peregrinacion los vuelva á poner en evidencia, porque en el siglo en que vivimos, hasta los árboles viajan.



1. Pabellon de la Emperatriz.—2. Acuarium.—3. Estufa de la ciudad de Paris.—4. Bellas artes: Exposicion belga.—5. Vista general interior del Parque, etc., etc.

Hagamos, sin embargo, justicia al musgo, al césped, y á los bosquecillos ó macizos. Estos son lindísimos y ostentan una lozana vegetacion, gracias al riego perpétuo.

SEGUNDA SERIE.—1867.

El lago á cuyas orillas se levanta el gigantesco faro, está demasiado en miniatura para que los aparatos de salvamento allí espuestos puedan funcionar.

AÑO XXV. 27

En el parque hay carteles y anuncios muy llamativos, como *acuarium humano*; el *infierno humano*. ¿A qué no adivinan nuestros lectores lo que es? Pues precisamente eso es lo que se quiere.

Compelle intrare dice el Evangelio: si uno lo comprendiese no entraría seguramente.

Es una gran cuba de hierro que podrá contener unos ochenta metros cúbicos de agua, se ve á un hombre vestido de un aparato particular, pasearse tranquilamente sobre las aguas saludando á la multitud que le contempla con la boca abierta.

En otra inmensa cuba ó caldera cubierta por una chimenea, se enciende un gran fuego, y un hombre cubierto con un vestido incombustible, penetra por una puerta en aquel inmenso brasero, y sale por otra.

El ver el *acuarium* cuesta tres cuartos, y el *infierno* cinco. No nos admira esta diferencia de precio, al contemplar que el Sena corre al pié del Parque, y que el carbon y la leña son naturalmente mas caros que el agua.

Hemos recorrido el Parque, nos hallamos ya en el vestíbulo del Palacio que conduce al jardín central.

En el próximo número entraremos en el Palacio, haremos por galerías nuestra visita, que dará por resultado presentar á nuestros lectores, la historia del trabajo humano y de su perfección y progresos en la industria y en las artes.

EL CONDE DE FABRAQUER.

DE LA IMPORTANCIA DE LOS ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICOS

Y DE LAS ACADEMIAS.

Nos atestigua la historia que se han conservado cuidadosa y celosamente; desde tiempos inmemoriales, las obras de los varones ilustres, cuyas doctas elucubraciones y cuyos largos desvelos han contribuido á dar un poderoso impulso á la marcha progresiva de la humana estirpe, ya dictando leyes religiosas y políticas, ya mejorando las ciencias, las letras y las artes, ya descubriendo nuevas é importantes verdades. De aquí traen origen las bibliotecas, los índices, los catálogos de los libros mas apreciables y peregrinos, y por último la bibliografía, que ocupa hoy un lugar muy preferente, y que nos dá y prescribe las reglas de coordinar una biblioteca, y de fijar la época en que se han publicado las primeras ediciones de las obras de los doctos. La bibliografía se ocupa además de los manuscritos y códices antiguos, nos indica las reglas y los medios que tenemos para conocer su autenticidad, y abraza la paleografía, que nos enseña á leer é interpretar los caracteres de las escrituras que se han usado en distintas épocas.

Comenzando nosotros por las bibliotecas, que son la base que sirve de punto de partida para los estudios bibliográficos, no queremos pasar por alto, que los primeros que fundaron establecimientos tan útiles, fueron los Judíos, como nos dice el docto y muy erudito Dom Calmet. Este pueblo de elección, y hoy réprobo, además de las Tablas de la Ley, dictadas por el Todopoderoso, de los libros de Moisés, y de los Profetas, que estaban depositados en la parte mas secreta del Santuario, poseía bibliotecas públicas en cada una de las cuatrocientas cincuenta sinagogas ó colegios, de que se componía la Academia de Jerusalem.

En estas bibliotecas todos los Judíos indistintamente podían leer y meditar las Sagradas Escrituras; y es de suponer que en otras ciudades de la Judea, que adquirieron fama y lustre por su amor á la sabiduría y cultura intelectual, como la que Josué llama *Ciudad de las Letras*, que fué tal vez Caviassaphar, y en algunas de la Tiberiade, muy célebre por su Academia, hubo tambien bibliotecas públicas.

Los fenicios, como afirma Eusebio de Cesarea, llegaron á reunir un crecido número de libros curiosos é importantes, y segun Diodoro Siculo, en Egipto, cuna de supersticiones groseras y de conocimientos profundos, el primero que fundó una biblioteca en tiempos muy remotos, fué Osymandes, rey de la magnífica Tebas de las cien puertas. Pero ninguna otra adquirió tanto renombre ni tanta grandeza como la que fundaron en Alejandria Tolomeo Sotero y su hijo Tolomeo Filadelfo. Esta biblioteca llegó á tener cien mil volúmenes, y despues de haber sufrido un espantoso incendio, fué restaurada á costa de grandes sacrificios, y muchas de las obras que habian sido presa de las llamas voraces, fueron sustituidas por los doscientos mil volúmenes de la biblioteca de Pérgamo, que Marco Antonio ofreció en don á la encantadora Cleopatra. Si queremos atenernos á lo que nos refieren los escritores antiguos mas fidedignos, podremos afirmar resueltamente, que los estudios bibliográficos comenzaron á desplegar su vuelo y á echar raíces en Alejandria, porque tanto los Tolomeos, como Demetrio Falereo, que se retiró á Egipto, y contribuyó sobremanera á la fundacion de la biblioteca de Alejandria, atesorando libros raros y de una importancia trascendental, formaron tambien índices y catálogos de las obras que habian reunido.

El tirano Pisistrato, amante de las letras, contribuyó tambien á dar impulso á los estudios bibliográficos, por haber sido el primero que fundó en Atenas una biblioteca, enriqueciéndola con las obras de los sábios mas eminentes de su época, y coleccionando todas las poesías de Homero en un solo volumen. Los Atenienses la engrandecieron mas adelante; pero cuando Jerjes invadió la Grecia y devastó la Atica, trasladó á Persia la Biblioteca, que contenia los trabajos de tantos ingenios sublimes.

Los romanos, que llegaron á ser dueños de todo el orbe, poseyeron libros preciosos; pero no se cuidaron en un principio de reunirlos, ni fundaron bibliotecas. Con efecto, sabemos que despues de la destruccion de la opulenta Cartago, el Senado hizo un presente de todas las obras que encontró en aquella república de Africa, tan ilustre como desventurada, á la familia de Régulo, y que el célebre Paulo Emilio repartió entre sus hijos la biblioteca de Perseo, rey de Macedonia. El primero que fundó en Roma una biblioteca para bien y utilidad del público, fué Asinio Polion, que reunió un crecido número de volúmenes, precioso despojo de muchos pueblos conquistados por Roma; y compró además otras obras importantes y curiosas, que podían llamar la atencion de los sábios. Varron, Lúculo, César y Ciceron, que florecieron cuando la república romana se manifestaba ya anhelosa de atesorar nuevos conocimientos, tuvieron bibliotecas que contenían obras muy selectas; y Augusto fundó una biblioteca en el Monte Palatino cerca de un templo dedicado á Apolo. Horacio nos refiere, que los vates mas estimables de Roma dejaban una copia de sus versos en el Monte Palatino, despues de haberlos leído en la biblioteca que acabamos de mencionar; y Paladio nos asegura, que Roma llegó á poseer treinta y siete bibliotecas públicas con sus índices y catálogos, y

que entre ellas las mas célebres fueron, la Octaviana, fundada por Octavio Augusto, y la Gordiana y Ulpiana, fundadas por Trajano.

Los primeros cristianos tuvieron bibliotecas propias, y Eusebio nos dice que cada iglesia tuvo la suya particular, en que estaban reunidas las obras de los escritores eclesiásticos mas célebres, y otros libros apreciables. Diocleciano, perseguidor cruel de los fieles, quemó y destruyó esas bibliotecas con grave perjuicio de la religion y de la buena cultura intelectual. Constantino el Grande, como nos dice el historiador Zonara, fundó por los años 336 de nuestra era una gran biblioteca en Constantinopla, que contenia ciento veinte mil volúmenes; pero Juliano el Apóstata puso en juego todos los medios mas ruines para destruirla, é impedir á los cristianos la adquisicion de nuevos libros.

Cuando los bárbaros septentrionales invadieron la Europa, desaparecieron todas las bibliotecas, y los estudios bibliográficos quedaron aniquilados. Sabemos, con efecto, que Dante, Petrarca y Boccaccio, á pesar de que florecieron en una época de gran fermentacion intelectual, y muy próxima á la verdadera época del renacimiento, no pudieron adquirir sino con mucho trabajo, y desembolsando cantidades considerables, algunos clásicos antiguos. Pero despues del siglo XIV, y con especialidad despues de la invencion de la imprenta, se fundaron nuevas bibliotecas, y éstas se han aumentado paulatinamente hasta el punto de que hoy no hay ciudad, por muy pequeña que sea, que no disfrute del beneficio de una biblioteca, y los estudios bibliográficos se cultivan con detencion y esmero.

Si nosotros quisiéramos ahora hacer alarde de erudicion, podríamos apuntar en estas páginas multitud de autores muy preclaros, que han llegado á colocarse en primer término por sus conocimientos bibliográficos; pero considerando que semejante tarea sale de la esfera de un breve artículo, nos limitaremos á consignar los nombres de un reducido número de bibliógrafos extranjeros, y de los españoles mas eminentes, que versados en este ramo de la humana sabiduría se han dedicado á ilustrar su patria, indicando las obras literarias y científicas mas notables que ella posee.

Focio, principal autor del cisma de la iglesia griega, y hombre tan ambicioso y ruin como docto, nos ha dejado una *Biblioteca ó comentario de doscientos ochenta escritores antiguos*: el título y conocimiento de cuyas obras, en gran parte perdidas, á él únicamente lo debemos.

Ateneo en su amplia coleccion, conocida bajo el nombre de los *Deipnosophistas*, ó *banquete de los sabios*, y Estobeo en sus *Estractos de los poetas y filósofos antiguos*, nos han trasmitido el nombre de un crecido número de autores y el título de sus obras. En el *Glosario histórico y geográfico* de Suidas, aunque compilado con poca critica y muy confusamente, se encuentran tambien noticias bibliográficas de mucho interés.

El *catálogo de los autores eclesiásticos*, que nos ha dejado San Gerónimo, es una de las mejores obras bibliográficas de los primeros siglos del cristianismo. Este varon insigne por su santidad y doctrina, nos habla tambien en su libro de algunos judíos, y de algunos herejes; pero no hace mas que indicar sus obras, y pasa por alto sus errores.

La *Biblioteca Griega, la Latina, la de la Edad Media y la Eclesiástica* de Juan Alberto Fabricio son un inagotable tesoro de conocimientos bibliográficos.

El *Diccionario bibliográfico selecto del siglo XV, etc., etc.*,

compilado en francés por M. de la Serna Santander 1805, comprende una multitud de noticias curiosas y de mucho interés.

La última edicion francesa del *Manual del librero*, por Brunet, trae en sus 12 tomos un crecido número de libros extranjeros muy modernos y casi ignorados en España. El *Diccionario bibliográfico*, que forma parte de la *Biblioteca Roret*, contiene tambien algunas noticias curiosas.

Los que deseen tener una idea sumaria de las varias especies de bibliografía, y de los principales autores que han eserito, con mayor ó menor acierto, acerca de este importante argumento, podrán consultar en la última edicion francesa del *Diccionario de la conversacion* 1865, los artículos, *Bibliographie, Bibliognesie, la Bibliographie appliquée, Bibliomancie, Bibliomanie, Bibliophile, Bibliomane, Bibliophiles, Bibliotaphé*.

Entre las obras bibliográficas de mas mérito, salidas de la pluma de los doctos españoles, ocupan un puesto preferente las siguientes: *Catálogo de los mas ilustres escritores de la Sociedad de Jesus*, del P. Rivadeneira: en esta obra bibliográfica apunta el autor las producciones científicas y literarias de españoles muy eminentes; *Biblioteca Vetus et Nova* de Nicolás Antonio, rico manantial de conocimientos bibliográficos; *Biblioteca Lusitana*, de don Diego Barbosa, obra de un mérito superior, y digna de los portugueses, que no podemos separar, bajo ningun concepto, de la nacion española; *Escritores del reino de Valencia desde el año de 1237 hasta el de 1747*, por Ximeno; *Biblioteca hispano-rabinica*, de Castro, atestada de noticias curiosas y peregrinas; *Introducción y progresos del arte de la imprenta en España*, de Fray Francisco Mendez; *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*, por don Juan Antonio Pellicer 1778; *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*; por don Juan Sempere y Guarinos 1785; *Biblioteca antigua y nueva de los escritores aragoneses, que florecieron desde la venida de Christo hasta el año 1500*, por la Tassa; *Diccionario de escritores catalanes*, por monseñor Amat; *Catálogo de los libros españoles y portugueses mas aprecioables*, publicado por Salvá en Lóndres; *Compendio de la bibliografía de la veterinaria española, con algunas noticias históricas de esta ciencia en nuestra patria, y con las reglas de moral á que debe el veterinario ajustar su conducta facultativa*, por don Ramon Llorente Lázaro: esta obra muy útil y enteramente nueva ha contribuido sobremanera á estender y perfeccionar el estudio de la veterinaria en España; *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*, por don Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado. El autor de esta obra muy importante y curiosa, se prepara hoy á reproducirla con mas gala por haber ya recogido y coordinado otras noticias de mucho interés acerca del antiguo teatro español; *Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas, iglesias y santuarios de España*, por don Tomás Muñoz y Romero. Esta obra, redactada con diligencia y esmero, ha dado á conocer á los españoles una multitud de escritos importantes hasta hoy ignorados; *Catálogo razonado y critico de los libros, memorias y papeles impresos y manuscritos que tratan de las provincias de Extremadura, etc., etc.*, compuesto por don Vicente Barrantes; *La botánica y los botánicos de la península hispano-lusitana, estudios bibliográficos y biográficos*, por don Miguel Colmeiro. Esta obra es muy importante, y hasta hoy

única en los dos reinos de España y Portugal; *Clave de los economistas en el poder y en la oposicion, discurso económico-político*, escrito por don Juan Eloy de Bona y Cereta, precedido de una introduccion de don Salvador Costanzo, y seguido de un catálogo de los economistas españoles, redactado por el mismo, y añadido de una carta y varios apuntes de don Manuel Colmeiro; *Biblioteca de los economistas españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII*, por don Manuel Colmeiro. Esta obra muy importante, curiosa y enteramente nueva, forma parte del tomo primero de las *Memorias de la Real Academia de Ciencias morales y políticas*; *Diccionario de bibliografía agronómica de toda clase de escritos relacionados con la agricultura*, seguido de un índice de autores y traductores con algunos apuntes biográficos, por el Illmo. señor don Bráulio Anton Ramirez; *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, formado con los apuntamientos de don Bartolomé José Gallardo, etc., etc. La obra se compone de cuatro tomos, pero no van publicados mas que dos; *Memoria descriptiva de los códices notables conservados en los archivos eclesiásticos de España*, por don José M. Eguren; *Boletín bibliográfico*, de don Dionisio Hidalgo. Tenemos de este mismo autor, recientemente fallecido, el primer tomo de un *Diccionario general de bibliografía española*; su hijo se propone continuar las dos obras, y va á publicar á fines de este año el tomo segundo del *Diccionario*. *Manual de biografía y de bibliografía de los escritores españoles del siglo XIX*, por don Manuel Ovilo y Otero. En la Biblioteca Nacional existen dos obras inéditas del mismo autor, la una titulada: *El teatro del siglo XIX*; y la otra: *Diccionario de los escritores españoles y americanos del siglo XIX*. Es tambien propiedad de la Biblioteca Nacional la obra todavia inédita del señor don Francisco Escudero, titulada: *Biblioteca Hispalense*.

En Lisboa se acaba de publicar una estensa bibliografía de todos los escritores portugueses de ambos hemisferios, y figuran en ella algunos portugueses, que escribieron tambien en castellano durante el dominio de España en la Lusitania.

La inteligencia privilegiada y sublime de los varones mas eminentes, graba el sello de su mucho poder en el terreno práctico á lo que mas directamente se refiere á sus actos científicos y profundas especulaciones, y trasmite su memoria á la mas remota posteridad. Habia en Atenas un templo dedicado á Apolo Licio (1), y muy cerca del mismo paraje, en que se iba á adorar al dios, dictaba Aristóteles sus lecciones paseándose; esto bastó para que se diera el nombre de *peripatéticos* (2) á sus numerosos alumnos y el de *Liceo* al lugar en que el ilustre filósofo enunciaba sus doctrinas; y ese último nombre tomó formas tan generales, andando el tiempo, que hoy la palabra *Liceo* se aplica no solo á muchas sociedades literarias y científicas, sino tambien á obras que comprenden un curso entero de estudios, como por ejemplo el *Liceo de l'Harpe*.

Minerva, diosa de la sabiduría, y que figura igualmente en las obras de los mitólogos antiguos con el nombre de *Atenea*, transmitió á la docta capital del Atica su mismo nombre; los sabios griegos le transmitieron á su vez á los

venideros, y hoy las palabras *Atenea* y *Atenas* han generalizado en tales términos la de *Ateneo*, derivada de entrambas, que se aplica indistintamente á una multitud de reuniones literarias y científicas de la culta Europa.

Ha sucedido lo propio con la palabra *Academia*. Un ameno y delicioso jardin de Atenas, adornado de pórticos, y muy poblado de árboles, el cual pertenecia á cierto *Academio*, adquirió mucha celebridad por haberlo convertido Platon en un gran gimnasio, en que dictaba sus lecciones; por lo que fueron llamados *Académicos* los que profesaron la filosofía de un tan insigne maestro, y se dió el nombre de *Academia* al jardin. Este mismo nombre se da hoy á muchas corporaciones científicas y literarias, que ilustran con sus doctas tareas y elucubraciones profundas á uno y otro hemisferio.

El príncipe de los oradores romanos dió el nombre de *Academia* á una casa de campo, que tenia cerca de Puzuolo, en el antiguo reino de Nápoles, queriendo dar á entender que la habia destinado al estudio de la filosofía, como Platon lo habia hecho con el jardin de *Academio*, convirtiéndole en gimnasio. En los siglos bárbaros el nombre de *Academia* no figura hasta la época de Cárlo-Magno; el cual, gran Mecenas de las letras, fundó, aconsejado por el docto Alcuino, una nueva corporación literaria, en la que reunió á los ingenios mas selectos de su tiempo, dándola el nombre de *Academia*; y á fin de que adquiriera mas lustre é importancia esa institucion, cuyo único y firme propósito era el de promover y fomentar la cultura intelectual, llevándola á su apogeo, se dió el nombre de *Pleiada* á los que la componian, por alusion al grupo de las siete estrellas luminosas así llamadas.

Noel en su *Nuevo Diccionario de los orígenes, de las invenciones y de los descubrimientos* art. *Academie*, apunta únicamente la fundacion de las Academias mas principales de Francia, y pasa por alto las de todas las demás naciones de Europa. Nosotros muy persuadidos de que en un breve artículo de periódico no podemos bajo ningun concepto tratar estensa y minuciosamente una materia tan vasta como la historia de las principales corporaciones científicas y literarias, conocidas con el nombre de *Academias*, nos limitaremos á hablar rápida y fugazmente de las que en tiempos modernos han adquirido mas lustre en Italia y España. Pero antes de entrar de lleno en nuestro tema, nos parece muy del caso decir á los lectores que en los siglos XVI y XVII las Academias y su fundacion despertaron en Italia tanto entusiasmo, que acabó por rayar en una especie de delirio, y á los Académicos, que pertenecian á esas corporaciones, se les aplicaron nombres tan raros, que su memoria provoca hoy la risa, como nos da una prueba de ello el breve catálogo, que ponemos á continuacion:

ACADEMICOS DE BOLOGNA: Abandonados, Ansiosos, Ociosos, Confusos, Defectuosos, Dudosos, Impacientes, Inhábiles, Indiferentes, Indómitos, Inquietos, Instables, Soñolientos, etc., etc.

ACADEMICOS DE GENOVA: Aletargados, Despiertos, etc.

ACADEMICOS DE VENEZIA: Agudos, Lisonjeados, Discordantes, Separados, Desengañados, Incansables, etc., etc.

ACADEMICOS DE FLORENCIA: Alterados, Humidos, Infocatos, etc., etc.

ACADEMICOS DE NAPOLES: Atrevidos, Lunáticos, Secretos, Seguros, etc., etc.

ACADEMICOS DE PERUSA: Atomos, Excéntricos, Insensatos, Insípidos, etc., etc.

(1) El epíteto de *Licio*, que trae origen de la palabra griega *Lukos*, que significa *lobo*, se aplicó á Apolo y se le adoró bajo este nombre para que alejara los lobos del territorio del Atica.

(2) Esta palabra se compone de dos vocablos griegos, que significan *en derredor* y *pasearse*. Peripatéticos, pues, es lo propio que *paseantes*.

ACADEMICOS DE ROMA: Delficos, Humoristas, Linceos, Negligentes, Iluminados, Incitados, Infecundos, Melancólicos, Nocturnos, etc., etc. (1).

Casi todas estas Academias y otras muchas por el mismo estilo han desaparecido hoy en gran parte de la península itálica, y podemos afirmar sin escrúpulo ni miedo de equivocarnos, que entre la multitud de sus Academias, tres únicamente merecen especial mencion: La de la Crusca, fundada en 1582, la del Cimento, fundada bajo los auspicios del cardenal Leopoldo de los Médicis á principios del siglo VII, y la Arcadia de Roma. La primera y la segunda son mas acreedoras á nuestros elogios que la Arcadia, porque los Arcades no se han propuesto mas objeto en todo el tiempo de su larga existencia, que el de promover y resucitar el clasicismo petrarquesco en la poesia italiana; al paso que la de la Crusca ha promovido y perfeccionado los estudios filológicos con la compilacion de un excelente Diccionario, y que la del Cimento dió en su corta duracion un fuerte y poderoso impulso á las ciencias naturales.

En cuanto á la España, el abate Andrés afirma en su obra, titulada: *Del origen, progresos y estado actual de toda literatura*, que sus compatriotas debieron la fundacion de la primera Academia á los árabes: vamos á poner á continuacion sus mismas palabras, traducidas al castellano: «No me atreveré á decir que las muchas Academias Eclesiásticas, que muchos obispos y celosos prelados han fundado por el adelantamiento de los estudios sagrados, hayan sido formadas sobre el modelo de los árabes; pero si diré que Alcacemo, llamado vulgarmente Ebn Alrabi, antes que entre los cristianos estuviesen en estimacion semejantes establecimientos, fundó en Córdoba, su patria, para ilustrar mas el Coran, una Academia, que tuvo el nombre de *Alcoranística*.» Un docto español, que quiso conservar el anónimo, refuta victoriosamente á Andrés en una obra no muy extensa, pero erudita y escrita con sana critica: su portada es ésta, *Disertacion histórica sobre las Sociedades, Colegios y Academias de Europa y en particular de España, antes de la invasion de los Moros y aun antes del nacimiento de Mahoma*, por D. F. X. Y. Madrid, MDCCLXXXVIII; en la imprenta de la viuda de Ibarra. Esta disertacion no deja nada que desear; pero, tanto nuestro escritor anónimo como el abate Andrés, se ocupan únicamente de las Academias particulares fundadas en España. Nosotros, sin limitarnos á la península ibérica, no vacilamos en afirmar, que en todos los paises de la culta Europa, las Academias particulares han precedido á las públicas y autorizadas por los gobiernos. Ateniéndonos, pues, á esta verdad tan conocida hoy, y que no necesita ya pruebas ni nuevos testimonios, decimos terminantemente que en España no hubo Academias públicas hasta Felipe V. Con efecto la de la lengua titulada: *Academia Española*, data del 1713; la de la *Historia*, del 1738; la de *San Fernando*, del 1744; la de *Música y Declamacion*, del 1844, y la de *Ciencias morales y políticas*, del 1852 (2).

(1) En la *Erotika Biblion* de Mirabeau, Paris, año IX.—1801, pág. 3 y siguientes, su autor ha insertado un largo y completo catálogo de todas las Academias italianas, dignas de ser conocidas por la rareza y extravagancia de sus nombres.

(2) Los que deseen tener una historia compendiada, y al propio tiempo completa, de las principales Academias, podrán consultar las obras siguientes: el artículo *Academia* de la *Enciclopedia metódica* francesa; el artículo *Academia* del *Nuevo Diccionario francés de los orígenes, de las invenciones y de los descubrimientos*, por Noel; el artículo *Academia* del *Diccionario de la Con-*

En el último periodo de la Edad Media, y precisamente despues del 1000, las Universidades fundadas en muchas ciudades de Europa, tenían sus actas, se dedicaban á grandes trabajos y celebraban todos los años reuniones científicas y literarias. Andando el tiempo perdieron una multitud de privilegios, y entonces tuvieron origen otros institutos literarios, como Colegios, Liceos y Academias. Muchas de estas últimas mantienen todavía su lustre; pero no tienen ni la importancia ni el interés, que inspiraron en un principio, porque hoy las grandes revistas literarias y científicas, que circulan en Europa atesoran todo lo que hay de mas nuevo y peregrino en los varios ramos de los conocimientos humanos; así que podemos afirmar que son el gran depósito de toda la sabiduria moderna en sus relaciones con la antigua, como en otro tiempo lo fueron las Academias.

SALVADOR COSTANZO.

EL FAUSTO. La tradicion del demonio y del doctor Fausto, tuvo origen en la estraña circunstancia por la cual las biblias de Just, uno de los primeros impresores, aparecieron en el mundo. Cuando éste hubo descubierto el nuevo arte y tirado un considerable número de copias de la Biblia, imitando las que comunmente circulaban, copiadas en manuscrito, emprendió su venta en Paris. Estaba en su interés ocultar este descubrimiento y hacer pasar las copias por manuscritos; pero como podia vender sus Biblias á sesenta coronas, cuando los demás copistas pedian quinientas, esto escitó la admiracion general; y mucho mas al notarse que producía tantos ejemplares como le pedían, sin embargo, reduciendo su precio. La uniformidad de las copias, acrecentó el asombro. Le denunciaron á los magistrados por hechicero, y al registrar sus habitaciones se hallaron gran número de ejemplares. Se dijo que la tinta encarnada, con que embellecia sus copias, (porque la tinta encarnada de Just, tenía un brillo particular) era su sangre y se declaró solemnemente que tenía pacto con el demonio. Cuéntase que Just, fué obligado al fin, para librarse de ser quemado, á revelar el secreto de su arte al Parlamento de Paris, que le descargó de todo género de persecucion, en consideracion á la utilidad de su invento.

LOS PRIMEROS LIBROS. Tuvieron la forma de tablas; pero cuando empezaron á estar en uso los materiales flexibles, se creyó mas conveniente hacerlos en forma de rollos; la cual parece haberse usado entre los judios, griegos y romanos, hasta algunos siglos antes de Jesucristo. Los ejemplares del Antiguo Testamento en las sinagogas judias son aun en nuestros dias, largos rollos de pergamino arrollados sobre palos. La forma usada ahora entre nosotros, aunque poco conocida de los antiguos, fué inventada por Attalus, rey de Pergamo, á quien algunos atribuyen la invencion de la manera de preparar el pergamino. Un sabio de Atenas llamado Pilacio, fué el primero que enseñó el

versacion, Paris, 1865; el artículo *Academia* de la *Enciclopedia de Mellado*; el artículo *Academia* del gran *Diccionario nacional francés* de Bescherel, y el artículo *Academia* del gran *Diccionario castellano* de Domínguez.

uso de una especie de cola para pegar las hojas juntas, con cuyo motivo se dice que le erigieron una estatua.

I. DIAZ SERVET.

EL SABLE DE FAKREDDIN.

En un palacio triste y oscuro de la famosa Alejandria de los griegos, á que los árabes nombran Iskanderich, conversaban con gran recato, una tarde del año 1811, dos personajes de condicion muy diferente, aunque unidos en aquel momento por el lazo de algun secreto misterioso y terrible, segun las palabras que se les oyeron al terminar el diálogo.

—¿Con qué segun eso, decia el de superior calidad, todo se halla dispuesto y el resultado será infalible?

—Sin duda ninguna, señor: el muchir (1) encargado de la ejecucion ha reclutado los spahis entre la gente de su mayor confianza y solo esperan la ocasion oportuna.

—Cuidado que nadie note prevencion que pueda infundir sospecha; todo se ha perdido si les sacamos de su completa seguridad.

—Lo comprendo tanto, señor, que juzgo mi cabeza comprometida en el éxito del suceso.

—Piensas con acierto, Ismael. ¿Has hecho abrir las ventanas de la techumbre?

—Supongo tomará esa precaucion á su debido tiempo el esclavo á quien se lo encargué.

—Vé, y házlo tu mismo sin tardanza; un ruido causado de improviso sobre las cabezas de los concurrentes no podría menos de ser ocasion de alarma. Han de sentir el golpe sin precedente alguno.

—El mandato de V. A. es sabio y será cumplido sin demora.

—Despues del castigo volveremos á encontrarnos con mas reposo. Allah sea en tu guarda.

Quedó solo el autorizado magnate, que no era otro sino el renombrado Mehemet-Alí, bajá de Egipto. Recostóse en el divan y con la frente apoyada sobre la mano permaneció largo rato hasta que las sombras de la noche estendiéndose por la vasta sala, le indicaron ser hora bastante adelantada. Entonces al sonido de un silbato de plata que sacó del seno, acudieron dos esclavos del Kordofan y encendiendo las lámparas de un mechero que colgaban del techo, se alejaron en silencio despues de haberse prosternado en presencia de su dueño.

Abrió éste un ancho armario donde guardaba armas de todas clases, y sacando de una caja un par de pistolas inglesas se las colocó en la cintura de manera que no fuesen notadas, despues de bien examinado el cebo, saliendo á la pieza inmediata donde se hallaba la guardia esclusiva de su persona. Imponente era su aspecto al par que notables la cautela y el disimulo marcados en el rostro; con paso firme atravesó entre los suyos, y sus movimientos revelaban fuerza y agilidad, como apenas llegado á la edad madura, pero su andar asemejaba algun tanto al de la raza leporina por lo corto y silencioso, así como la pobreza de su negra barba, en la que se vislumbraban algunos hilos de plata-

da blancura, quitaba en cierto modo algo de la majestad que respiraba todo su ademan.

Despues de hablar algunos instantes en voz baja con el jefe de los soldados, siguió escoltado por ellos hasta una estensa cuadra poblada por los beyes de la temible tropa de los mamelucos, á quienes trataba el bajá de obsequiar aquella noche con un festin magnifico.

El origen de esta milicia se remontaba á los tiempos de Gengis-Kan; compúsose al principio de cautivos jóvenes que los mogoles apresaban en sus correrías, segun indica su mismo nombre tomado de una voz árabe que significa esclavo: los sultanes Ayubitas de Egipto compraron crecido número de ellos hacia el año 1230, empleando en lo sucesivo para reclutarla iguales medios que habian puesto en práctica para establecerla. Su espíritu militar hizo de ellos una falange formidable, hasta el punto de apoderarse del gobierno del pais colocando en el trono á sus caudillos, que dieron origen á dos dinastías de soberanos. En 1517 venció é hizo ahorcar á su último jefe el sultan de los otomanos, Selim, despojando á los mamelucos de la suprema autoridad, si bien les dejó el gobierno de las provincias, sometidos al mando de un bajá nombrado por la Sublime Puerta. Sin embargo, á últimos del siglo anterior casi habian recobrado su antiguo poder, y aunque la expedicion francesa los debilitó en extremo, sus continuas exigencias impedian en el Egipto la consolidacion de un sistema regular. A fuerza de astucia y contemplaciones logró Mehemet-Alí reducir á sus beyes á la obediencia, hasta el punto de concertar con ellos una expedicion contra los Whaabitás, secta guerrera del islamismo que amenazaba dominar sin rival en los santos paises de la Meca y Medina, para cuya mejor combinacion y solemnizar al mismo tiempo la concordia establecida á orillas del Nilo entre todos los siervos del supremo Padischach de Constantinopla, dispuso el virey obsequiarlos con la fiesta que dejamos citada.

Agolpáronse á las puertas cuantos en la estancia se hallaban para saludar al representante del Gran Señor, y él correspondió á sus demostraciones con aire franco, tomando asiento en lugar privilegiado é invitando á la concurrencia á colocarse donde mejor á cada cual le pareciese, para comenzar luego el banquete, que ya estaba impaciente por disfrutar con tan lucida compañía. Las mejores y mas afectas tropas del virey guardaban las entradas, como tambien el divan de su alteza, pues como la ceremonia era importante, quiso revestirla de todo el esplendor de la pompa oriental. El ornato de la estancia ayudaba á sus intenciones y nada faltaba de cuanto pudiera hacer vaticinar una noche deliciosa. Perfumes delicados exalando su aroma en pebeteros de oro, millares de bujías haciendo resaltar los vivos colores de las pinturas de flores y enramadas que adornaban las paredes, y la cadencia de infinitos instrumentos tañidos por los mas diestros músicos de Alejandria, llenaban el alma de contento, disponiendo el apetito á saborear los ricos manjares preparados con esmero inteligente. Pronto fueron servidos los primeros platos, y el satisfactorio bullicio propio de un banquete presidido por un anfitrión alegre y comunicativo, cual lo estaba Mehemet-Alí, subia de punto cada vez mas.

—Venga Chipre, gritó el agá de los mamelucos; los soldados no están sujetos á la prescripcion del Koran; imítadme, compañeros, y bebamos á la memoria de Nuredin (1).

—¡Honor y gloria á la justicia del Supremo Sultan! con-

(1) General.

(1) Primer jefe nombrado monarca por los mamelucos.

testó el bajá con voz potente, alzándose de su asiento y disparando sobre el atrevido jefe las dos pistolas que ocultas llevaba.

La horrible tempestad que sobrevino á consecuencia, fuera imposible de pintar. El estallido de una mina, los derrumbamientos de un terremoto serian pálida comparación. Los soldados que guardaban las entradas, los que cercaban al virey volvieron las armas contra los desprevenidos comensales, cual obedeciendo á una señal acordada, fusilándolos sin piedad, al mismo tiempo que otros desde las ventanas del techo, cual nube de muerte y esterminio, lanzaban una lluvia de fuego y plomo, á cuyo cetero impulso no quedaba hombre con vida en aquel teatro de fúnebres horrores. En balde fué que algunos de los infelices sentenciados se arrastrasen hasta el bajá invocando su clemencia; tan sordo á las súplicas como á las imprecaciones de sus víctimas, animaba á los verdugos con la voz y el ejemplo. No duró mucho la carnicería; antes de media hora cuatrocientos setenta cadáveres nadando en sangre era cuanto quedaba del arrogante cuerpo de los mame-lucos.

II.

Muchos años tendieron el velo del olvido sobre los acontecimientos anteriores. Mehemet-Ali envejeció lleno de gloria como reformador del Egipto, del cual aseguró en su familia el dominio casi independiente, y cuya población vivía contenta y feliz bajo su mando.

Por esta época cruzaba una calle del Cairo cierto armenio ropavejero, publicando en altas voces su mercancía, sofocado con el peso de las muchas prendas de varias telas de todas formas y colores que constituían su pacotilla ambulante. Entre la miscelánea heterogénea brillaba un sable construido con tanto esmero y delicadeza, que no dudo menos de atraer las miradas de un oficial de tropas irregulares, hasta el punto de parar al mercachife para examinar el objeto de su deseo y saber el precio en que podría adquirirle. Reconocido con atención, halló la hoja damasquina de un temple superior; otros amigos del oficial, que llegaron por acaso, fueron de igual parecer, conviniendo todos en que no podía menos de haber pertenecido á una persona de categoría elevada. Por último tantas vueltas le dieron sin dejar cualidad de que no hiciesen prolijo exámen, que al cabo advirtieron unos caracteres árabes, grabados junto á la empuñadura, en que constaba haber sido fabricada para Mehemet-bajá, año 1800.

—¿Cómo, bribón, te atreves á tener en tu poder el sable de su alteza! exclamó el soldado lleno de cólera.

—Por mi conciencia, señor, respondió el atribulado mercader, os juro que no sabía lo que llevaba; nada entiendo de letras y no pude conocer la ilustre procedencia de esta respetable alhaja, que de hoy en adelante pondré sobre mi cabeza.

—Sobre tu cuello será donde yo la ponga si no me dices al momento donde la has adquirida.

—Un viejo muy apurado vino á mi tienda con él, y me le vendió por unas cuantas piastras.

—¿Y conoces tú á ese profano?

—Habita cerca de mi casa.

—Pues entonces camina ligero y vamos á buscarle.

Colocado el ropavejero en medio de la cuadrilla les dirigió á uno de los barrios mas pobres de la ciudad, hasta una casa de mezquina apariencia donde hallaron á un anciano de venerable aspecto, acompañado de dos mujeres de

mediana edad, que les recibió sin inmutarse, á pesar de haberle dicho la intencion que les guiaba.

—Es verdad, dijo, ese sable ha pertenecido al virey, pero yo tambien le poseia con justo derecho y solo á su alteza le recordaré el medio porque llegó á mis manos.

Esta pretension escitó la hilaridad del oficial y sus compañeros, que mal su grado condujeron al viejo á presencia del cadí, donde se obstinó en igual silencio sin desconcertarse por voces y amenazas.

—Yo te haré dar todos los dias cincuenta palos en las plantas de los piés, hasta reducirte á declarar en juicio, le dijo amostazado el funcionario.

—Y yo á mi vez invocaré contra vos la justicia de Dios y del bajá, á la que apelé desde un principio.

Así se verificó, pues conducido el sentenciado al lugar de la ejecucion cerca de la ciudadela, iba gritando sin cesar:

—Musulmanes, decid al bajá que su amigo Fakreddin se encuentra en el mayor peligro.

Tantas fueron sus exclamaciones que un coronel prusiano, á quien Mehemet apreciaba en alto grado, no pudo menos de pararse á escucharlas, y conmovido llegóse á saber la causa de ellas. Una vez conocida, hizo suspender la sentencia, bajo promesa de manifestar al virey lo sucedido y atenerse á su determinación. Esta fué que se condujese el reo á su presencia inmediatamente, verificado lo cual le habló de esta manera:

—Tu malicia es grande al invocar un nombre que ya no pertenece á ningún viviente. ¿Dónde ó como averiguaste que entre Frakreddin y yo existían lazos de reconocimiento?

—Señor, ante la presencia de Dios todos los cálculos humanos son como figuras trazadas en el polvo, un ligero vientecillo las borra sin dejar recuerdo alguno, respondió el sentenciado. Yo soy Fakreddin. Quise morir con mi secreto, pero estaba escrito lo contrario.

—Si no me ofreces otras pruebas que tu palabra y alguna ligera semejanza con el sujeto cuya personalidad supones, tendré que imponerte el castigo reservado á la impostura.

—Es verdad; ya no soy aquel vigoroso é intrépido spahis, que se arrojaba el primero en busca del peligro; por el contrario apenas puedo caminar sin apoyo, y la miseria y el hierro enemigo me han desfigurado en términos de ser desconocido: los años arrebataron al león sus dientes y su garra yace embotada; con todo, señor reconozco esta cicatriz que cruza mi semblante? Es muy profunda y desagradable, pero vuestra alteza no podrá menos de apreciarla en mucho.

—Empiezo á dudar, respondió el virey pensativo; mas habria algunos que pudieran presentar otra igual ¿Es tan fácil recibir una herida en el rostro!

—Y esta otra señal de bayoneta adquirida sobre la brecha de Akka, (1) peleando contra los franceses, cuando vos, bajá entonces de dos colas, llamábais á los vuestros á la pelea, sin que nadie acudiese, poseidos como estaban por el terror ¿habrá muchos que puedan ostentarla?

—Ahora sí, te reconozco, digno amigo á quien debo la vida; y recompensaré cual mereces; aunque no comprendo el motivo de tu largo silencio.

—Escuchadme, señor, y cesará vuestra duda. Recordaréis que derrotados en una salida tuvimos á gran fortuna poder

(1) San Juan de Acre.

refugiarnos á la plaza, perseguidos de cerca por los europeos. Allí abandonados de las tropas, y con las armas inutilizadas y vos herido y exánime de fatiga, nos vimos acosados al pié de las murallas por una pareja de cazadores. —Nada puedo hacer, Fakreddin, me dijisteis, toma mi sable, y pelea por los dos.—Tuve la suerte de matar á uno de los enemigos á costa de mucho esfuerzo, dando lugar á la resistencia á que fuésemos socorridos. Pasada la ocasion al devolveros el arma que me habiais entregado—Guárdala, me dijisteis, como testimonio en mejor tiempo del servicio que acabas de hacerme, pero has de jurar por Dios vivo,

no revelar á nadie este suceso, que puede interpretarse de una manera indigna de mi valor, ni hacer siquiera diligencias para volverme á encontrar, pues yo cuidaré de premiar tu heroico proceder.—Juré sin dificultad, vos marchásteis á la Siria, antes de verme restablecido, y durante vuestra partida me alisté en el cuerpo de los mamelucos, uno de cuyos oficiales llegué á ser. Ninguno de los dos olvidará jamás la infausta noche en que perecieron todos aquellos desdichados. Lo supongo en vuestra alteza y lo aseguro por mí. Sepultado entre los cadáveres pasé cuatro mortales horas, hasta que viendo la horrible soledad que



Halló la hoja damasquina de un temple superior.

me cercaba, busqué salida, único entre mis compañeros que pudo hallarla. El temor de ser víctima de vuestro enojo se añadió á la fe comprometida, para ocultarme ante vos. Un pobre tejedor, padre de dos hijas, me recibió en su casa: murió después; la vejez y las enfermedades me asediaron poniendo término al corto fruto de mi trabajo. Las pobres mujeres que me albergaban tenían hambre, quise remediarlas y sacrificué á un ropavejero el preciado sable en quien miraba representadas la juventud, la gloria, el deber y hasta la esperanza. Lo que falta de la historia vos lo dictareis, señor.

—Añadirán á ella que Mehemet-Ali, contestó el bajá, te acogió en sus brazos, dispuso tuvieras habitacion en su mismo palacio, acompañado por tus dos huéspedes, y cuidó de ti mientras duró tu vida, pero que volvió á recobrar su sable.

El suceso se hizo público, y en las ceremonias solemnes el virey se adornaba con el arma que tuvo Fakreddin por tantos años, y que siempre conservó su nombre.

DIONISIO CHAULIÉ.